

Casi á un mismo tiempo llegaron á la Viga las canoas en que iban Pedro y Juana.

Aquel escogió para saltar á tierra, el embarcadero.

Juana mandó á su remero que avanzara hasta el Puente de la Leña.

La noche habia cerrado completamente: el cielo estaba negro como un terciopelo.

Pocos instantes despues, Pedro, embozado hasta los ojos en su manta, atravesaba la plazuela de San Pablo, con direccion á su casa, diciendo interiormente.

—Si están juntos, morirán.

Y se perdió entre las calles como el género del mal entre los pliegues del manto de la noche.

—¡Es preciso avisarle del peligro que corre su vida!

Exclamaba Juana desembarcando en el Puente de la Leña, y dirijiéndose, acompañada de su madre, á la casa de Enrique.

CAPITULO XXIII.

Fluctuar entre dudas.

Dejemos á Juana y Pedro, dirijiéndose, aquella á la casa de Enrique, y el segundo á la suya con objeto de sorprenderle, y retrocedamos á los momentos en que María y Matilde, inquietas por la suerte de Miguel, habian comprado el impreso en que se leian los nombres de los oficiales heridos y muertos en la accion perdida por Armijo.

María cogió el papel temblando, y lo abrió.

Matilde fijó los ojos en el semblante de su querida hermana, para leer en él la noticia exacta que sin duda se revelaria en sus facciones.

La primera, semejante al enfermo que desea saber la gravedad de la enfermedad, y que sin embargo, teme que el médico le desáucie, pasaba los ojos como sobre áscuas, sin fijarlos casi sobre los nombres de la lista, terminando la lectura con una prontitud admirable.

—¿Qué dice?

Preguntó Matilde con ansiedad, viendo que María respiró tranquila.

—Aun no sé—contestó su hermana, sintiendo latir su corazón con violenta fuerza.—Apenas me he atrevido á leer los nombres: sin embargo, en la rapidez con que en globo he visto las letras, no he encontrado el nombre de Miguel.

—¡Respiro!..... Véamoslo ahora mas detenidamente.

Y las dos jóvenes, como si la primera lectura hubiera servido de descubierta para reconocer el campo, pasaron nuevamente la vista, y con mas detenimiento, por los renglones.

—No hay nada.

Dijo Matilde, respirando con libertad.

—No está su nombre.

Exclamó María, irradiando su semblante de alegría.

Y el papel volvió á ser leído por la tercera vez.

Las dos hermanas se miraron con esa ternura que embarga la existencia despues de un fausto é inesperado acontecimiento, y se abrazaron en prueba del mútuo parabien que se daban, y vertiendo un raudal de consoladoras lágrimas, que se mezclaban como se unian los delicados sentimientos de sus celestiales almas.

Enlazadas y tiernamente conmovidas las dos jóvenes, cayeron de rodillas, impulsadas por un mismo sentimiento, ante un magnífico cuadro de la Virgen Dolorosa que adornaba la estancia, y ambas elevaron fervorosas su corazón, al trono de la Madre de Dios, dándole gracias por el favor que les dispensaba.

El delicado semblante de la Virgen, parecia sonreir con maternal cariño, acogiendo benévola y amante, las dulcísimas pala-

bras que pronunciaban los sonrosados labios de aquellos dos interesantes seres.

Pero al sentimiento del placer, causado por no hallarse el nombre de Miguel en la lista de los muertos, sucedió el del temor, nacido de la ignorancia de su paradero.

—Pero si no ha muerto, si no está herido— exclamó María alzándose afligida— ¿dónde se encuentra?... ¿Ha sido tal vez de los fusilados?....

Y un grito de horror se escapó de los labios de la joven.

Matilde, que no estaba preparada á oír aquella observacion, se estremeció violentamente, y ambas hermanas, poseidas de espanto y de terror, se abrazaron sin poder dominar su miedo.

—¡Ah!... ¡qué idea tan espantosa ha cruzado por tu imaginacion, María...!—dijo Matilde, procurando sobreponerse al mismo pensamiento de que estaba dominada.—¡Fusilado!... ¡Ah!... no: las funestas noticias se suelen comunicar muy pronto. Si hubiera caido prisionero, se sabria: los pocos que

se han salvado, convienen en que se retiraba defendiendo.

—¿Y no pudo morir entonces, ó caer prisionero y ser fusilado?....

Y María se cubrió el rostro con ambas manos: luego, movida por un sentimiento religioso, tan natural cuando nos aflige alguna terrible tribulacion, alzó los ojos cubiertos de lágrimas al cielo, exclamando con el acento del dolor mas profundo.

—¡Madre mia, tú que habitas la region de los ángeles, y ves la amarga pena de tu amante y desventurada hija, ruega á Dios no me guarde el funesto golpe que acabaria con mi vida!... La súplica de una madre es siempre accepta al Divino Salvador. Decidle, pues, madre mia, que tenga piedad de mis hondas penas, del dolor que me mata, y él os oirá: sí, él escuchará vuestros ruegos, y salvará á Miguel.

Y María, al concluir estas palabras, quedó en un religioso recogimiento: en su faz brillaba la pureza de los ángeles, y en su mirada el sentimiento de la fe que prestaba á su semblante ese tinte espiritual que ro-

dea á la mujer de una belleza mística, suave, indefinible, que nos conmueve, que nos interesa, que nos cautiva.

Matilde la contemplaba de hito en hito, como al ángel de la oracion rogando por los desdichados.

Un silencio profundo reinaba en la estancia.

El aire que respiraban, parecia impregnado de un delicioso aroma, emanado del aliento maternal de la mujer que velaba desde el cielo por la felicidad de sus dos inolvidables hijas.

Nada interrumpia aquella religiosa escena.

María y Matilde oraban.

La imagen de la Dolorosa parecia protegerlas.

Una sombra se dibujó de repente á la entrada de la pieza.

La figura de un indio apareció en seguida.

Era Pablo que se detuvo al dintel de lá puerta, sin atreverse á entrar para no interrumpir aquel bellissimo cuadro del amor fraternal.

Pero sus pasos habian llegado al oido de María, que volvió la cabeza.

—¡Pablo!....—exclamó corriendo hácia el indio, y abrazándole como si viese á una persona de su mayor cariño.—¡Vive Miguel?.... ¿dónde está?.... ¡habla, habla, por Dios!....

—Sí, señorita, vive.

María y Matilde se abrazaron sin poder pronunciar una palabra, embargadas por el exceso del placer.

—Vive—continuó Pablo—y estará aquí dentro de un instante.

—¡Pero dónde ha quedado?....—repuso María con una ansiedad sin límites—¿dónde se encuentra?....

—Véalo su merced.

Contestó el indio, señalando á su amo que llegaba en aquel momento.

—¡María!.... ¡Matilde!.... ¡queridas primas!....

Dijo Miguel, arrojándose sobre las dos hermanas, y estrechándolas contra su corazón.

—Por fin estás á nuestro lado.

Exclamó María, fijando sus bellos ojos, arrasados en lágrimas, en su amado primo, y dudando aún en su felicidad.

—Y para no separarnos jamás.

—¿Será posible?

—Sí, María, para no separarme de tí, que eres un ángel de virtud y de cariño, de amor y de belleza, de abnegacion y de piedad.

María creyó morir de placer al escuchar aquellas palabras que le hacían vislumbrar un paraíso de ventura, un eden de inefable felicidad.

El lector conoce cómo amaba María á Miguel; y si sabe lo que es amor, si ha sentido latir alguna vez su corazón á impulsos de ese purísimo sentimiento que es la vida del individuo y de la creacion, poderoso imán de atraccion que une las almas de dos seres hasta identificarlas y confundirlas, comprenderá todo el placer que debia embargar el alma de aquella jóven, que solo habia vivido alimentando una esperanza que en aquel instante cobraba las seductoras proporciones de la realidad.

—Siéntate, Miguel, siéntate en medio de tus dos amantes primas, que no han tenido un instante de tranquilidad desde la infausta noticia de la derrota de Armijo.—Dijo María, haciendo que su primo se sentara entre ella y Matilde.—¿Por qué ha sido tu tardanza?... ¿Por qué has llegado el último de tus compañeros?

Miguel estrechó entre sus manos las de sus cariñosas primas, y les refirió cuanto sabe el lector hasta el momento de los tiros que alarmaron á Luisa.

—Al despedirme de Fernando—continuó Miguel—prometiéndome la libertad de Pablo, esperé á éste á un lado del camino. A los pocos minutos le ví llegar corriendo y asustado. “¿Qué tienes, Pablo?” le pregunté, notando su espanto.—¡Ay! señor amo, acabo de ver conducir á varios oficiales de los prisioneros, que van á ser fusilados: corramos, señor amo, antes que se opongán los pintos á la generosidad de D. Fernando.

La advertencia de Pablo me pareció prudente, y apretamos el paso.

A los pocos instantes oímos la descarga, que debió privar de la vida á tantos compañeros valientes, á cuyo lado habia combatido.

Matilde y María se estremecieron de espanto.

—¡Ah!.... ¡Miguel!....—exclamó la segunda—deja, deja esa carrera peligrosa que expone tus preciosos días.

—¿Tú lo quieres, María?

Dijo Miguel, con el acento del mas profundo cariño.

—Te lo suplico.

Contestó María, enviándole una de esas miradas de celestial ternura, á las cuales nada se puede negar, á las que es imposible resistir.

—Bien, la dejaré mientras se ventilen cuestiones de familia, cuestiones de partido; pero la volveré á abrazar tan pronto como lo exija la defensa de la patria.

—¡Gracias, Miguel, gracias!....

Exclamó la jóven, trasportada de gozo por la dulce condescendencia de su primo.

—Nada te puedo negar, María: tus con-

sejos, tus palabras, serán para mí, desde hoy, agradables preceptos, que me complaceré en acatar.

Matilde leyó en aquellas breves expresiones de Miguel, su amor hácia María, y por lo mismo, la realizacion del bello ideal de su querida hermana, cuya felicidad estimaba aun mas que la suya propia.

El corazon de aquella mujer, antes tan exigente, iracundo y zeloso, habia sufrido un cambio radical, completo. Su bien, estaba cifrado en el bien de su hermana, y todos sus votos, todo su anhelo, se dirijian á su ventura.

Miguel y María lo comprendian así; y mientras la segunda le indicaba en la expresion de su mirada, la gratitud intensa de su tierno corazon, el primero le dirijia las mas sentidas palabras de reconocimiento, de admiracion y de cariño.

Pablo presenciaba aquella escena, lleno de satisfaccion y de alegría, desde un rincón de la pieza; pero se acordó de que algo tenia que desempeñar, y acercándose á Miguel con el sombrero en la mano, le dijo:

—¿Le parece á su merced que parta a ver en el acto á D. Enrique, para avisarle de que dentro de pocos días deberá llegar D. Fernando con su hermana?

—Sí, cumple con ese encargo que tanto me recomendó, diciéndole que tenga dispuesta y arreglada la casa de la plazuela de San Fernando.

El fiel indio partió sin detenerse, mientras Miguel, rodeado de sus primas, acariciaba en su mente mil risueñas ideas que le hacían olvidar sus pasados trabajos.

CAPITULO XXIV.

Un combate á muerte.

Juana entraba desconsolada en casa de sus amos. No habia encontrado á Enrique, y esto la tenia inquieta y pésarosa.

Entretanto, Pedro, recatado el rostro con la manta, y metido el sombrero de anchas alas hasta las cejas, atravesaba con paso rápido, la lúgubre plazuela de Loreto, como el cazador que trata de sorprender al tigre en su cueva.

Al llegar á la esquina del vasto colegio de las Inditas, se detuvo un momento meditando si seria mas conveniente continuar derecho, ó rodear por la calle de San Pedro

y San Pablo, por donde tal vez volvería Enrique.

Apoyado aquel hombre á una de las vetustas y derruidas paredes del lúgubre edificio, fijos los ojos en uno de los costados del magestuoso templo de Loreto que, inclinado visiblemente hácia un lado, amenaza caer á cada instante sobre el abandonado y ya referido colegio de las Inditas; quieto en una calle estrecha y solitaria, cubierta siempre de agua estancada y corrompida; metido el sombrero de anchas alas hasta las cejas, como dejamos dicho; envuelto en su *gorongo* é irresoluto sobre el rumbo que debía tomar, parecía el génio del mal esperando en las sombras al sér maléfico que le habia evocado.

Pedro se detuvo otro instante; pero al fin se decidió por el camino mas corto, y continuó su marcha por la calle de las Inditas, hasta llegar á la casa del curato de la parroquia de San Sebastian, que se encuentra en la esquina de la plazuela del mismo nombre.

Pedro hizo alto de repente, miró en torno

suyo, y persuadido de que nadie le observaba, se fué acercando poco á poco á su casa, procurando no hacer ruido con el calzado.

La puerta estaba cerrada; pero por la rendija de ella se dejaba ver el resplandor de la luz que dentro ardía: dominado por el negro sentimiento de los zelos, quiso cerciorarse de si estaba Pilar sola, y acercó los ojos á la cerradura, pero estaba puesta la llave y nada vió: entonces aplicó el oído, y escuchó la voz de su mujer y la de un hombre, aunque no se podian percibir las palabras.

—¡Está ahí dentro!...—dijo interiormente haciendo esfuerzos inauditos para contenerse.—¡Ah!... ¡no me engañaba Rossi!... Pero ellos no contaban con que yo les sorprenderia; no veian en sus coloquios de amor, la punta del puñal que ha de atravesar sus pérfidos corazones.

Y Pedro sacó de la faja una aguda navaja que la empuñó con pujante mano.

Se dispuso á entrar para caer sobre su contrario; pero se detuvo de repente, me-

ditando que era mas conveniente esperar á que saliera, y quitarle la vida en medio de las tinieblas de la desierta plazuela.

—Así logro mi venganza—pensó—y evito que la justicia me persiga; despues.... ella desaparecerá.

Adoptado este plan como el menos comprometido y el mas seguro, se apartó de la puerta sin hacer el mas leve ruido con los piés, y se retiró á la de la accesoria contigua.

El sitio no podia ser mas á propósito para cometer un crimen.

La plazuela de San Sebastian es un inmenso terreno sin empedrar y sin alumbrado, á donde la mano del ayuntamiento jamas ha dejado sentir su benéfico influjo.

Miserables casuchas de adobe, cuyas puertas están cerradas desde el toque de oracion, la circundan por el lado de la calle de las *Inditas*: un poco mas allá está la llamada *Casa de la Beata*, que no deja ver mas que un largo paredon con una desvenijada puerta en un ángulo de la plazuela, que conduce á un inculto campo, sucio y

abandonado, con algunas chozas, por donde puede huir cualquier criminal sin temor de que la justicia le dé alcance.

Enfrente, y en el sitio llamado la *Rinconada*, por formarla la irregularidad de la plazuela, se descubre una gran fábrica, pero casi inhabitada, y en estado de ruina en muchas partes.

Otras casas, de aspecto lúgubre, con antiguos balcones de fierro, descascaradas las paredes y presentando un conjunto ruinoso y desagradable, acaban de constituir la expresada *Rinconada*, que, como he dicho, forma parte de la plazuela.

Un vasto edificio de piedra, pintado de rojo, con inseguras puertas, viejos balcones y ruinosos techos, se levanta frontero al humilde campo-santo que, contiguo á la iglesia, contribuye á aumentar la lobreguez de aquel solitario sitio.

Terminado el edificio colorado de que acabamos de hacer mencion, se encuentra el prolongado callejon de *Los Cantaritos*, que conduce á otros sucios y tortuosos que terminan con la *Quinta*, campo extenso con

casuchas arruinadas, que sirve para dar libre paso á los que huyen de la justicia.

En medio de esta plazuela se descubre una abundante fuente en forma de estanque circular, sin chorros ni adornos de ninguna naturaleza.

Nada, pues, mas á propósito para realizar el plan sangriento que se habia propuesto Pedro, que aquel abandonado sitio.

Hemos dicho, que despues de cerciorarse de que dentro de su casa habia un hombre con Pilar, se retiró sobre las puntas de los piés para no hacer ruido, y que se acercó á la accesoria contigua.

Pues bien; allí, adherido, por decirlo así, á la puerta, y de pié en el dintel, esperaba impaciente y en silencio la salida de su odioso rival.

La noche favorecia sus miras.

El cielo estaba cubierto de oscuros nubarrones.

Ni una estrella brillaba en el firmamento.

Ni una persona transitaba por la lúgubre plazuela.

Las puertas de las casas y de las accesorias estaban cerradas.

El alumbrado solo llegaba hasta la calle del Cármen, y por lo mismo, las sombras envolvian todo aquel recinto elegido para quitar la existencia á un hombre.

Ni el mas leve ruido venia á interrumpir el imponente silencio que reinaba en la oscura plazuela.

Solo de rato en rato se escuchaba el fatídico aleteo de un enorme zopilote (1) que, parado en la cúspide de la torre de la iglesia, parecia el misterioso testigo, puesto por la Providencia para descubrir un crimen en la terrible hora de la eterna justicia.

De repente se oyó abrir nuevamente la puerta de una accesoria.

Pedro echó mano al puñal, y se arrimó mas y mas á la puerta en que estaba, para no ser visto.

Un hombre apareció en la accesoria de

(1) Zopilote es un pájaro de México, especie de grajo muy grande, negro y mayor que el cuervo, que se alimenta de inmundicias y de animales muertos.

Pedro, dispuesto á salir, y embozado en una hermosa capa.

La claridad de la luz de la pieza brilló un momento sobre él.

Pedro sintió agolpársele al corazon toda la sangre de los zelos.

El embozado salió sin sospechar en nada.

La puerta se cerró en el acto.

La plazuela volvió á quedar en la mayor oscuridad.

El hombre pareció reflexionar el rumbo que debia seguir, y Pedro acarició la constante arma en su forzada mano.

El embozado, por fin, tomó hácia la calle del Cármen, y empezó á cruzar la ancha plazuela.

Pedro abandonó el sitio en que estaba, y apresuró el paso para alcanzarle, pero procurando no hacer ruido para sorprenderle.

El embozado parecia caminar preocupado con una idea.

Pedro se acercó á él sin ser notado.

Entonces alzó el puñal para herirle por la espalda; pero á la sombra dibujada por el brazo, volvió el embozado la cabeza, y

dió un salto hácia atras, sacando á la vez una pistola.

Los dos contrarios se encontraron entonces frente á frente, pero sin que la oscuridad les permitiese conocerse.

Pedro queria deshacerse de su rival.

El embozado se creyó acometido por un ladron.

El primero, al ver fallido su plan, se arrojó sobre el otro con la prontitud del relámpago, antes de dar tiempo á que se defendiera; pero el acometido, que era hombre de corazon, burló el golpe con la capa, y disparó su pistola, cuya bala pasó rozando el carrillo de Pedro, pero sin causarle ningun daño,

Entonces creyó seguro su triunfo el esposo de Pilar, juzgando desarmado al de la capa; pero se equivocó. La pistola era de puñal, y al salvarse del tiro, se encontró con que tenia que habérselas con un contrario sereno, que se dispuso á vender cara su vida.

La lucha entonces se hizo terrible.

Pedro, acostumbrado á aquella clase de

combates, recogida la manta en el brazo izquierdo y blandiendo en la diestra el mortífero hierro, acometía á su contrario, que apenas tenia tiempo para parar los continuados golpes.

Su contrario, á su vez, aunque menos diestro, se arrojaba impávido sobre su acometedor, dirigiendo siempre con ojo cierto sus terribles golpes al pecho.

Pero Pedro, con la ligereza de la pante-
ra daba un salto hácia atras, ó á los lados, y no bien acababa de burlar la furia de su enemigo, cuando ya estaba sobre él sin darle tiempo á reparar los tiros.

La capa del asaltado estaba cruzada de puñaladas, mientras la manta de Pedro aun no habia sentido el arma de su antagonista.

Pero no era á la capa á la que Pedro queria destrozár, sino al que la llevaba.

Sin embargo, esto no era tan fácil como al principio habia creído.

El brazo de aquel hombre era una columna de hierro, colocado siempre horizontalmente, como el único medio que le restaba de defensa.

Pedro meditó la manera de apartar por un momento aquella columna que le impedía acercarse.

El acometido por su parte, conociendo que mantener por mas tiempo una lucha con una arma en que se consideraba muy inferior, no era valor sino temeridad, empezó á retirarse hácia la calle de S. Sebastian, en cuya esquina brillaba la luz de una tienda, pero sin volver la espalda á su contrario, sino presentándole siempre su temible brazo armado.

Sin embargo, la plazuela era grande, y largo el trecho que mediaba entre la esquina en que brillaba la luz y el sitio de la lucha.

Pedro comprendió la intencion de su antagonista, y se propuso terminar el combate antes de darle tiempo á que consiguiera su objeto.

Resuelto á matarle, empezó á girar al rededor de su contrario, con una velocidad en los golpes y en los movimientos, que éste no pudo seguir por mucho tiempo. Pedro, al verle desconcertado, le acometió sin

darle tiempo á nada, y le hirió profundamente en el brazo.

A la vista de la sangre, se enfureció el herido, y lejos de pensar ya en retirarse, arremetió contra Pedro con el furor de un tigre, descargando sobre él tan furibundo golpe, que, á no ser por la prontitud con que lo paró con la manta, le hubiera sin duda, atravesado el corazón.

Nadie parecía por la solitaria plazuela, y los dos combatientes, sin pronunciar una palabra, luchaban en medio de la oscuridad, dejando solo percibir la violenta respiración de sus agitados pechos.

El de la capa que, como hemos dicho, conoció la superioridad de su contrario en el manejo de aquella arma, cambió de táctica, y resolvió, confiado en su fuerza, esperarle á pié firme, y abrazarse con él para desarmarle.

Pero la empresa era mas peligrosa de lo que al pronto habia creído.

Pedro reunia á la ligereza del leopardo la fuerza del leon, y cuando su contrario

trató de sujetarle con la mano izquierda por el brazo, descargó tan certero golpe sobre él, que el de la capa cayó á tierra herido mortalmente, pero sin exhalar ni un gemido, ni una exclamacion.

Pedro, lejos de huir, quedó de pié á pocos pasos de él, satisfecho de su venganza.

Los ojos del herido brillaron en la oscuridad, fijándose iracundos en el hombre que tan encarnizado habia estado con él.

—¡Me has muerto!.... ¡infame!...—exclamó con entrecortada y moribunda voz el herido.—Pero.... te perdono.... Solo te pido un favor. Aquí, en el bolsillo, tengo unos papeles.... importantes....

—¡Las cartas de ella!

Pensó interiormente Pedro, conteniendo su ira.

—Acércate.... y sabrás....

Pedro se adelantó frenético, para manifestarse á su contrario que no le habia conocido, y aterrarle con su presencia.

El herido le vió acercarse, y asomó á sus labios una sonrisa de satisfaccion.

—¿Dónde, dónde están esos papeles?....

Dijo Pedro, inclinándose sobre el cuerpo del moribundo.

Este, por toda contestacion, descargó un golpe mortal con la pistola-puñal, sobre su matador.

Los ojos de Pedro, al sentirse herido de muerte, se fijaron frenéticos sobre el traidor que le habia tendido aquel lazo, y al reconocerle, exclamó horrorizado.

—¡Rossi!....

—¡Pedro!....

Gritó á la vez, con moribundo acento, el sardo.

—¡Armé tu brazo para que me mataras!....—dijo Rossi, con desfallecida voz.— Te vine á esperar en tu casa, para indicarte el sitio en que en este momento se halla Enrique, y....

No pudo continuar.

—¡Muero sin vengarme!....

Pronunció Pedro, cayendo junto al helado cuerpo del sardo.

Un silencio sepulcral sucedió á aquellas palabras.

Un charco de sangre enrojecia la plazuela. El fatídico zopilote volvió á sacudir sus negras alas sobre la cúspide de la torre en que estaba posado.

Media hora despues, la justicia recogia dos cadáveres.